
Poch y Moliner: arquitectura tecnológica

1997

Publicado en: AB Arquitectes de Barcelona, nº 57, Colegio de Arquitectos de Cataluña, Barcelona, abril 1997.

— *A veces nos cortan el discurso; a veces nos siegan la hierba bajo los pies; a veces actúa la guadaña. El mundo de la arquitectura no es de color tan rosa (no hay rosa sin espina) como puede uno imaginarlo o como le gustaría que fuese.*

— “Ni siquiera como lo pinta la revista ‘AB’, con bonitas fotos y arquitectura no desgastada. Ya se sabe que no es así, que hay mucho fango”.

— *Pero nos empeñamos en que las publicaciones reflejen ese ideal, que es el que nos entusiasma, y por eso seleccionamos de lo real una pequeña parte, para magnificarla impresa en papel y poder admirarla impoluta. Y sin embargo, para apreciar ese mismo ideal es necesario que el 95% de lo construido siga siendo gris, para no emborracharnos de colores puros hasta llegar a no valorarlos. Relación, pues, de amor-odio con la mediocridad, que es hasta necesaria. Justo cuando acabáis de ganar una batalla (resuena todavía el “¡venceremos!” de Prix en el último congreso de la UIA), la de los edificios comerciales IKEA, de Barcelona y Madrid.*

— “En efecto, las obras realizadas para IKEA son una victoria moral pero además por partida doble, como arquitectos y como arquitectos frente a los ingenieros. Son siempre estos los que dominan y controlan la edificación industrial, construyendo sin criterios arquitectónicos. Pero por suerte, en esta ocasión nos encontramos con un cliente que se dejó seducir por la obra, lo cual se agradece mucho. Ya no es tan frecuente el encontrar un promotor como este, que aún confíe en nuestra profesión.

Así que, en esos encargos trabajamos al lado de los ingenieros, bien coordinados y en buena relación, cuando normalmente el arquitecto ni entra en estos edificios, al igual que ocurre con las gasolineras, por ejemplo, siempre en manos de los ingenieros.

Sin embargo, en este caso, el cliente sabe que vende diseño también por fuera, con lo que se facilitó esa victoria moral en un momento en que los ingenieros y otros tantos profesionales nos están comiendo campo.”

— *O nos lo dejamos comer, a feroces dentelladas, cuando debería alentarse ya desde la docencia impartida al estudiante de arquitectura a ocuparse de no ponerle puertas al campo.*

¿El arquitecto? Si por formación podría ser el que tuviese el perfil ideal para ser desde presidente de gobierno hasta alcalde, precisamente porque —en la tradición de la modernidad— debería ser capaz de diseñar desde la ciudad hasta la cuchara y el botón, pasando por las estructuras, las instalaciones, los sistemas, etc. Pero ya se sabe, se prima un único modelo de arquitecto, al que sólo un mínimo tanto por ciento accederá —el que proyecta y construye únicamente edificios—, mientras que al resto se les considerará más o menos veladamente como de segunda, porque no ha llegado a ese “ideal” del arquitecto liberal. Claro que los demás profesionales tan contentos (“¡a la mesa!”).

— “Y más cerrado está aun el campo cuando encima sale esta nueva ley de contratación del Estado. Primero, pensando que las cosas serían más equilibradas, y luego viendo que al revés, que cada vez es más difícil acceder al encargo, hasta el punto en que ya no somos candidatos del sector público, que se acabó para nosotros. Mientras que la alternativa del sector privado es muy dura, y produce un gran desgaste, cuando por ejemplo puedes pasarte más de un año peleándote por un mísero permiso de construcción.

No hay muchas más posibilidades. En la iniciativa privada es difícil conseguir un buen proyecto de arquitectura, porque ni a los promotores ni a los industriales les preocupa lo más mínimo la arquitectura, con lo cual es como imposible que un proyecto acabe en una buena realización, al tener que moverse al ritmo de los tópicos o del dudoso gusto de quien promueve la obra.”

— *Jauja sería si ellos también disfrutasen de la mirada y de la formación del arquitecto, pues de hecho muchos quizá lo hubiesen querido ser; pero actúan casi con venganza sobre los arquitectos, pues sólo se ofrecía como salida en la carrera ese prototipo de arquitecto liberal concreto al que no llegarían a acceder nunca, ya fuese por las circunstancias, por las capacidades, o por los intereses personales.*

— “Sí, y se llega al paroxismo cuando para un solo proyecto debes enfrentarte a 38 promotores, como es el caso de que el cliente sea una comunidad de propietarios. Ahí puede suponerse fácilmente que el desgaste alcanza unas cotas asfixiantes; y así, este tipo de encargos nos convierte en auténticos descargadores de muelles de la arquitectura, y se constituye en un peaje del intento de hacer la arquitectura que consideramos debe hacerse. La relación del arquitecto con el usuario es fundamental, pero si el nivel del usuario no es el que debería ser, el arquitecto está perdido.”

— *Volvemos a aquello de que para ser clientes, usuarios, habría que exigir también cierta titulación que se corresponda a una formación específica. No es admisible la mala educación (y léase en ambos sentidos).*

— “Y lo peor es la intervención colectiva, que es la crisis total de la arquitectura, como cuando las asociaciones de vecinos se ponen a hacer lo que les da la gana, retocando edificios, plazas y parques. Y luego al vivir y trabajar en una ciudad concreta, pasas por delante de tus obras y las ves como a hijos que se consumen en la droga, pues el usuario las destroza. Aunque afortunadamente no siempre es así: hay quien respeta los edificios y hay quien no lo hace. Al final se convierte todo en una arquitectura de defensa del área, de salir al empate, cuando ya en la escuela se era portero sustituto, nunca delantero, y además pidiendo el fin del partido, a un árbitro (el ayuntamiento) que va en tu contra. Todo esto es un punto de vista pesimista, que denota los trapos sucios de la profesión, donde efectivamente las cosas no son como en las revistas.”

— *No obstante, vosotros estáis consiguiendo una obra coherente, aquilatada sobre todo por vuestros edificios comerciales de grandes superficies, que enfatizan esa arquitectura tecnológica, donde lo industrial se convierte en un tema: equivalente a los temas pictóricos, de la naturaleza muerta, la figura humana, el paisaje, y concretamente el paisaje industrial. Lo fabril como tema en la arquitectura, no estrictamente desde un punto de vista tipológico sino desde un punto de vista temático, de intereses, más allá del encargo concreto. Cuando precisamente lo industrial liga mucho con la poética del “dirty realism”, de un realismo industrial, que también hace aparición en vuestro trabajo, donde dejáis que lo tecnológico aflore y se haga aparente, con detalles constructivos en hierro elaborados de manera más explícita, más cruda.*

Un tipo de arquitectura, la industrial, que como la vuestra (de manera muy coherente, también por tradición) encuentra en el hierro su material de base, su técnica y aspecto idóneos, con todo lo cual vosotros estáis muy familiarizados. Y eso se nota no sólo en que específica todas vuestras obras, sino que os gusta desarrollar así todo tipo de mobiliario, expositores, taburetes, mesas...

La guinda la pondrían las esculturas planas realizadas desde puntos de vista constructivos, a base de capas de elementos, casi paisajes urbanos, a modo de maquetas de enormes ciudades utópicas. Por no contar el incontable número de auténticos “objects trouvés” metálicos que se acumulan en las estanterías del estudio, ante la fascinación de su descubridor-recolector y de su posible público, muestras reales, entre residuos de obras, y otros objetos de hierro, pero recogidos con tanta solicitud que bien podrían pasar por esculturas abstractas de Aguilar, Chillida u Oteiza, y que denotan con ello una extraordinaria inclinación y sensibilidad por todo este campo. No en vano se colaboró con los estudios de Josep Lluís Mateo y de Eduard Bru.

— “Son lenguajes de procesos constructivos, o de procesos arquitectónicos: que pueda entenderse todo el proceso constructivo del edificio, la legibilidad del edificio, que es una de las cosas pretendidas ya por el movimiento moderno, los edificios entendidos como

capas superpuestas, estructuras matrices y subcomponentes yuxtapuestos claramente inteligibles. Que con un golpe de vista puedas entender fácilmente todo lo que se ha hecho, sin falsos virtuosismos incomprensibles. Explicar un proceso constructivo dentro —sobre todo— de una claridad, de la simplicidad. Aunque tiene su origen en las tecnologías que te apasionan, que no tienen sólo relación con los edificios industriales: se hará también en viviendas, pues aparecen siempre los mismos conceptos.”

— *En efecto, aplicáis elementos del mundo próximo a lo fabril a las viviendas también.*

— “Pero nos tomamos los edificios industriales como otro tipo de edificios cualquiera; también es un tema de escala, no sólo cambia el uso; e incluso es más el mismo cliente el que diferencia el edificio industrial de otro encargo. Además, hacer un edificio industrial es muy simple, y sus problemáticas son muy ambiguas, muy abstractas. No como un edificio de viviendas, en el que se debe ser más riguroso y en el que el cliente intervendrá más.”

— *Bien, bien, y “cuando el río suena, agua lleva”. En este caso suenan unos registros bien definidos, una música de fondo común, que unifica de alguna manera todos los proyectos como bajo una misma batuta. Y sólo estamos en el prelude...*

¡Ah!, Y vamos a presentaros, antes de que sea demasiado tarde (recién pasada la crisis de los cuarenta años): Antoni Poch, Jordi Moliner, que forman despacho profesional el año 1982 (¡felicidades!, ya tres lustros de matrimonio), desde Badalona, en una de esas callecitas del barrio antiguo de lo que ahora se extiende como enorme ciudad-magna de casi un cuarto de millón de habitantes. Así, son los badalonenses (de nacimiento y empadronamiento) que más premios han ganado, o a través del FAD, o en concursos, o institucionales, como el premio de arquitectura Ciutat de Badalona, en los años 1990 y 1991, o el Ciutat de Barcelona, también de 1990, etc. Y todo repartido en un primer y segundo piso, con su recepción, dos salas de reunión, los despachos administrativos, el de “urbanismo y normativas”, el suyo propio, el de aparejadores y una gran sala de dibujo con dos equipos de gente trabajadora (hay sitio para todo). Un despacho que siempre intenta ser un “Poch & Moliner” real en proyecto y obra, al 50%; y que cuenta ya con gente de hasta una década en el equipo; constituyéndose sin embargo como un despacho vivo, con entrada y salida de estudiantes, que llegan incluso hasta hacer sus primeros encargos personales aprovechando la infraestructura del mismo despacho (¡caramba!, ¡facilidades para labrarse el camino!, ¿de tierra dura?, de tierra dura, seca, como está hoy).

*Alberto T. Estévez
arquitecto*